

Fetichismo

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

— I —

Donaldo (plácidamente)—Qué bien se está aquí, en una noche como esta...

Alonso—Sí... Como siempre. Es un privilegio de la casa, diría yo.

Donaldo—Desde luego... Pero para mí es algo más íntimo y hon-do... Este inmenso balcón abierto sobre el mar... La luna, las palme-ras, todo. Una como sensación de seguridad y reposo... Y no sé qué más. Los viejos amigos... Esta libertad de ser uno mismo...

Octavia (sonriente)—Te vas a enredar con las palabras, Donaldo. Estás contento y en paz, sencillamente.

Donaldo—Sí, es posible. De todos modos viene a ser el mismo encanto.

Alonso (nostálgico)—Hace ya tantos años que nos reunimos en esta casa.

Octavia (con suave humor)—Nos vamos haciendo viejos, señores míos...

Donaldo—Sí. Es inevitable. La disyuntiva es envejecer o morir. Pero tú, Octavia, envejecés más lenta y armoniosamente.

Octavia—Dices bellamente las cosas tristes.

Alonso—Dice verdad, sobre todo en lo que a tí se refiere.

Octavia (complacida)—Gracias. De todos modos me contentaría con que fuese un poco de verdad solamente.

(Breve pausa).

Donaldo—¿Sabes tú, Alonso, que yo estuve enamorado una vez de *Octavia*?

Octavia—Tonterías de muchachos...

Alonso—Claro que lo sabía.

Donaldo—Pero no fue un amor cualquiera sino una pasión, una idolatría.

Alonso—Lo recuerdo.

Donaldo (a *Octavia*)—La única que no lo comprendió fuiste tú misma. De todos modos es un dulce recuerdo.

Octavia—Qué te viene ahora, ¿verdad?

Donaldo—Que me ha acompañado siempre.

Octavia (serena)—Bien sabes que no estaba en situación de comprender.

Alonso—Naturalmente. Estabas prometida y enamorada. Ibas a casarte con el hombre a quien tu corazón había elegido.

Octavia (sincera)—Y que me hizo feliz durante la mitad de la vida.

Donaldo—Todo eso lo comprendo, queridos amigos. Además mi amor era tímido. Casi un amor sin esperanza, como se dice en las novelas.

Octavia (maliciosa)—No demasiado tímido, recuerdas.

Donaldo—Pues sí, recuerdo. No estuvimos más de dos o tres veces a solas.

Octavia—Confieso que tenía cierto miedo de tí...

Donaldo—Ni siquiera te dije nunca, realmente, mi secreto... Claro que para tí fue siempre un secreto a voces.

Alonso—Todos los amigos lo sabíamos.

Octavia (inquieta)—Hablemos de otra cosa.

Donaldo—Todas las cosas, aún las más graves, pueden hablarse sin peligro a ciertas horas de la vida.

Alonso—Y este de diciembre es un buen tiempo para el recuerdo.

Donaldo (a *Octavia*)—Yo estaba enamorado de tu voz.

Octavia—¿Solo de mi voz?

Donaldo—Y de tí, naturalmente. Pero tu voz eras tú.

Octavia—Nunca me lo dijiste.

Donaldo—¿Para qué? Casi me bastaba escucharte aún en los momentos en que no hablabas para mí.

Alonso—Todo eso me parece un poco complicado.

Donaldo—Lo complicado, lo extraño, es el amor en general... El amor mismo, su secreta tiranía, sus ilógicos caminos...

Octavia (gravemente)—Sin duda que lo es. Yo me atrevería, aún más, a decir que cualquier persona de cierto nivel intelectual y humano, a nuestra edad, sabe que el amor es ilógico y muchas veces absurdo como tú lo has dicho.

Alonso—Confieso que me sorprende oírte hablar así, *Octavia*.

Octavia—No te sorprenda. También yo he vivido.

Donaldo (a *Alonso*)—Desde luego mi amor por *Octavia* no era singular ni extraño. Sencillamente yo estaba enamorado de una voz de mujer.

Alonso (indiscreto)—Y no me sorprendería que aún siguieras enamorado de la mujer y de su voz.

Donaldo (vivamente)—¡Vaya una perspicacia! Ni siquiera me tomo el trabajo de callarlo.

Octavia (a *Alonso*, sonriendo)—¿Qué crees, *Alonso*, que pueda contestar yo a una declaración semejante?

Alonso—Sinceramente no lo se, *Octavia*.

Donaldo—No tienes que decir nada, amiga mía. Mi amor por tu voz ha llegado a colocarse en un plano estético.

Octavia—¿Quieres explicarme eso?

Donaldo—No se si sabré hacerlo. Es un modo de la expresión, del gesto, de la serenidad... Bueno, por lo que más quieran no me obliguen a definir lo que yo mismo encuentro indefinible.

(*Todos ríen. Breve pausa.*)

Alonso (cauteloso)—No se, *Donaldo*, si me atreveré a hacerte una pregunta muy personal e íntima.

Donaldo—Puedes hacérmela... Si no es algo que pueda molestar a *Octavia*.

Octavia (sonriendo)—Vamos, caballeros: no se preocupen por mí.

Alonso—Además puedes negarte a contestarla, y hablaremos de cualquiera otra cosa.

Donaldo—Está bien... Déjate de rodeos.

Alonso—Se trata de tu matrimonio en la Costa.

Donaldo—Ah, sí. Algo parecido me imaginé. ¿Qué pasa con mi matrimonio?

Alonso (confuso)—No se... Realmente creo que no debiera habértelo preguntado.

Donaldo—No tiene nada de particular. Es un asunto completamente normal. (A *Octavia*). ¿No piensas tú lo mismo, *Octavia*?

Octavia (prudente)—Eso solo lo sabes tú.

Donaldo—Supongo que la gente se haría cruces de que un hombre como Donaldo Fuenmayor, un joven de buena familia, rico, educado en Europa, se casara con una mujer de color o, para ser más exacto, con una negra.

Alonso—Pues... algo así.

Donaldo (a *Octavia*)—¿Tú qué piensas de esto?

Octavia (sincera)—Claro que me sorprendió como a todo el mundo, cuando lo supe. Pero he pensado siempre que tus razones tendrías.

Donaldo—Las tenía.

Octavia—Además hemos convenido en que el amor escapa por completo a las normas corrientes.

Alonso—Bien dicho eso. Pero con perdón de *Octavia*, yo me atrevería a pensar que no necesitabas casarte con ella para tenerla.

Donaldo (gravemente)—Es, precisamente, lo que jamás hubiera hecho.

Octavia—¿Por qué?

Donaldo (riendo)—Perdón, *Octavia*. Ahí está el secreto.

Alonso—¿Absolutamente irrevelable?

Donaldo (jovialmente)—Talvez no, en fin de cuentas, después de lo que hemos hablado esta noche... Aparte de que nunca me han gustado mucho las uniones irregulares, había una razón íntima y extrañamente poderosa que no me permitía hacer de *Lilia* una simple amante.

Alonso—¿Puede saberse cuál era esa razón?

Donaldo—Su voz.

Alonso (sorprendido)—¿Lo dices en serio?

Donaldo—Sí. Mi pobre *Lilia* no era más que una muchachita negra de la Costa del Pacífico. Una criatura tímida, honesta —muy linda por cierto— que vivía cerca de mi campamento. Pero había en ella, para mí, sin que ella lo supiera, una calidad, un don, algo que me produjo siempre una inquietud misteriosa y extraña.

Octavia (interesada)—¿De qué se trataba?

Donaldo—De que tenía tu voz.

Alonso (extrañado)—¿Cómo?

Donaldo (a *Octavia*)—Tu voz exacta y verdadera. Con todas sus inflexiones y sus cadencias... El mismo gesto... La misma vivacidad... En síntesis, era tu voz.

Alonso (pensativo)—Muy extraño. Una mujer... bueno: una mujer elemental. Llegar a parecerse de algún modo, en alguna cosa, a *Octavia*...

Donaldo (secamente)—Dílo con claridad, hombre: una pobre negrita de humilde condición, casi analfabeta... ¿No es eso lo que quieres decir?

Alonso—Perdóname. Pero eso es, precisamente, lo que pienso.

Donaldo (llanamente)—¿Qué piensas tú, Octavia?

Octavia—Nada... No pienso nada... Solo se que esa historia tuya me conmueve de un modo muy singular.

Donaldo (efusivo)—Siempre serás una gran mujer.

Octavia (cautelosa)—Entiendo que aquel matrimonio...

Donaldo (interrumpiendo calurosamente)—Fue venturoso y breve. Duró dos años apenas... Y puedo asegurarte, Octavia, que aquella negrita humilde era también, como tú, una gran mujer.

— II —

Octavia (sonriendo)—¿Te das cuenta, Donaldo? Es la primera vez, en muchos años, que tú y yo nos vemos solos en esta casa y frente a esta ventana, junto a nuestro viejo mar.

Donaldo—Sí, por primera vez. Seguramente no tardarán en llegar los contertulios de siempre.

Octavia—No llegarán. Alonso se fue esta mañana de visita a sus tierras de Tolú, y no regresará antes de tres o cuatro días. Anoche mismo me llamó por teléfono para avisarme.

Donaldo—¿Y Moisés?

Octavia—También tuvo la atención de advertirme que se iba a Cartagena para una cuestión de negocios.

Donaldo—Quiere decir, entonces, que nuestra tertulia venerable está desintegrada, ¿no?

Octavia (intencionada)—¿Lo lamentas?

Donaldo (vivamente)—En absoluto... Siempre que tú encuentres grata mi sola compañía.

Octavia—Bien seguro estás de que sí.

Donaldo—Además esta soledad contigo me da la oportunidad de expresarte mi gratitud.

Octavia—No te entiendo... ¿Por qué gratitud?

Donaldo (deliberadamente)—Por la manera comprensiva como escuchaste en una ocasión muy reciente mi antigua historia de amor.

Octavia (emocionada)—¿Lo dices sinceramente?

Donaldo—Sí.

Octavia (agradecida)—Me quitas una gran inquietud. Había llegado a temer... no sé qué. Lo cierto es que entendí, me pareció entender una pasión grande y hermosa.

Donaldo (sincero)—Gracias. Creo que no podía esperar otra cosa de tí.

Octavia—Siempre he dicho que el amor me parece asunto muy respetable.

Donaldo—Lo es.

Octavia—Por mi parte creo que moriré sin comprenderlo.

Donaldo—No es necesario, *Octavia*. ¿Para qué?

Octavia (con gravedad)—También yo tengo mi historia.

Donaldo—¿Tú?

Octavia—Y es, inclusive, una trágica historia.

Donaldo (cauteloso)—Supongo que no se tratará de tu matrimonio. Siempre he entendido que tu marido te hizo feliz.

Octavia (sincera)—Completamente feliz. Sin un tropiezo siquiera. Seguramente por eso me pareció tan corta la dicha cuando me lo quitó la muerte.

Donaldo—Nunca es larga la dicha... ¿Cuántos años duró tu matrimonio?

Octavia—Veintitrés... Podría también decirte los meses y los días.

Donaldo—Tienes la memoria del buen amor... Pero no entiendo en qué lapso de la vida puede estar ubicada tu historia.

Octavia—Comprenderás, claro está, que la muerte de Javier cambió mi vida totalmente.

Donaldo—Es natural. Sobre todo si tanto le querías.

Octavia—Estaba deshecha... Estaba rota... Tenía miedo de la vida. Ya puedes imaginarlo. La mía era toda una verdadera soledad... Ni siquiera un hijo porque nunca los tuve...

Donaldo (interesado)—¿Y qué hiciste, entonces?

Octavia—Lo que tal vez nunca debí hacer. Me fui a vivir sola en una pequeña finca de bananos que Javier y yo teníamos en Santa Marta, cerca de Gaira.

Donaldo—¿Qué absurdo! Tenías tu bella casa de la ciudad, según entiendo. Tenías amigos... Dinero suficiente para vivir sin la menor preocupación económica.

Octavia—Todo eso es cierto.

Donaldo—¿Entonces por qué lo hiciste?

Octavia—Porque uno hace a veces cosas así. Yo adoraba aquella territa con sus grandes mangos y su jardín... Había sido muy feliz en la pequeña casa. Por nada del mundo me hubiera desprendido de ella.

Donaldo (enfático)—Absurdo... Absurdo... Alguien tenía que acompañarte.

Octavia (riendo)—Claro que sí. No te alarmes tanto. Me llevé a Emilia, mi vieja cocinera, también viuda, que tenía dos hijas mayores. Naturalmente las tres se bastaban para servirme... Además estaba Cristóbal, el jardinero.

Donaldo—Así las cosas parecen un poco más razonables.

Octavia—Quiero hablarte del jardinero... Era un buen campesino que siempre estuvo a nuestro servicio. Hasta fue Javier, mi marido, quien le había despertado la afición por las matas y las flores, convirtiéndolo al fin en un buen jardinero.

Donaldo—Me figuro el estilo de hombre.

Octavia—No te lo figures demasiado pronto. Creo que no acertarías. Era un hombre nada corriente, un tanto singular. Yo le conocía desde niña porque su madre se había criado en mi casa paterna.

Donaldo—¿Pero en qué consistía su singularidad?

Octavia—En aquellos lejanos tiempos era un muchacho cualquiera, seis o siete años mayor que yo, pero de todos modos mi compañero preferido de juegos. El me enseñó a montar a caballo... Galopábamos por los caminos y los potreros... Nos subíamos a los árboles...

Donaldo—Una especie de niño más tolerante y más a tu medida. Hasta ahora no veo la singularidad.

Octavia—Era de una timidez increíble.

Donaldo—Por lo general un muchacho campesino es siempre tímido con su patrona aunque sea una niña.

Octavia—Pero es que Cristóbal sobrepasaba toda medida, te lo aseguro. Enrojecía como un tomate cuando se le dirigía la palabra, y hablaba todo lo menos que puede hablar un muchacho. Siempre parecía que quería pasar inadvertido para todo el mundo.

Donaldo—¿Y era así mismo contigo? ¿Inclusive en lo de ponerse colorado cuando tú le hablabas?

Octavia—Exactamente igual.

Donaldo—Pues me resulta un personaje bastante contradictorio. ¿Cómo era, entonces, que te acompañaba en todas tus pilatunas?

Octavia—Porque yo se lo ordenaba. Era como mi pequeño esclavo. A veces casi un objeto, una cosa mía...

Donaldo (sonriendo)—Eras, pues, una pequeña tirana. Por fortuna te cambió la vida.

Octavia—Sí, por fortuna. Pero yo le tenía en verdad mucho afecto. Hasta te confieso que lloré un poco cuando me separaron de él para llevarme a un internado de Bogotá.

— III —

Donaldo—Supongo que sería ya otra mujer cuando volviste a verle.

Octavia—Otra por completo. Muchas cosas habían cambiado... Después del internado de Bogotá que duró seis años, me mandaron a Europa. Cuando tú me conociste en Cartagena acababa de regresar y tenía veintidós.

Donaldo—¿Y cómo fue que en ese largo tiempo nunca más tuviste unas vacaciones en la finca paterna?

Octavia—Realmente no se por qué. Mis aficiones, mis sueños, mi manera de ser eran otros... Pero ahora veo que es raro no haber regresado por allá nunca aunque solo fuera para recordar.

Donaldo—Muy bien. Sea lo que fuere. Pero íbamos en que volviste a verle.

Octavia—Sí. En aquella casita de Gaira, cuando fui con mi marido a pasar nuestra luna de miel... No era ni la sombra del muchacho que yo había conocido quince años atrás.

Donaldo—Ya lo creo.

Octavia—Salvo en el hecho de que seguía siendo casi tan tímido como en la infancia... Calculo que ya entonces tenía un poco más de treinta años. Era un mozo alto, moreno, de buena figura. No se había casado y vivía solo en una pequeña vivienda de cuidandero que Javier había hecho construir para él a una cuadra de la casa patronal.

Donaldo—¿Y qué hacía el hombre allí?

Octavia—Ya entonces cuidaba del jardín.

Donaldo—Te reconocería en seguida, como es natural...

Octavia—Sí, a su manera, poniéndose colorado.

Donaldo—Claro. Continuaba siendo tu pequeño esclavo.

Octavia—Tal vez. Yo lo veía poco. Estaba entregada a mi marido en cuerpo y alma. Tenía un detalle emocionante: me llevaba todos los días un precioso ramo de flores... Jamás me lo entregó personalmente. Pero yo sabía que era él mismo quien lo llevaba. Fue por entonces su única audacia.

Donaldo—Una audacia, realmente, dado su carácter.

Octavia—Comoquiera que fuese, Cristóbal no regresaba a sus matas hasta quedar seguro de que las flores habían sido puestas en una mesita, en mi alcoba...

Octavia—Demasiado hablar de un simple jardinero, ¿verdad?

Donaldo—Tú sabrás por qué lo haces...

Octavia—Porque Cristóbal es el héroe de mi historia...

Donaldo (sorprendido)—¿Pero cómo?

Octavia (gravemente)—El héroe solo y único en una historia de amor que no fue mía, que yo ni siquiera sospeché nunca.

Donaldo—¿Estaba enamorado de tí?

Octavia—Sí. Tardé veinticuatro años en saberlo a ciencia cierta.

Donaldo—Es completamente novelesco.

Octavia—Claro que lo es.

Donaldo—Pero no por lo que tú piensas... No por el hecho mismo de que se enamorase de tí, sino porque tú no te hubieras dado cuenta de ese amor que vivía y persistía y no terminaba nunca.

Octavia—Quizá tengas razón. Siempre se ha dicho que la mujer descubre y reconoce el amor del hombre en el momento mismo en que comienza a inspirarlo.

Donaldo—A mi juicio no hay duda de que es así.

Octavia—Pero mi caso puede ser diferente, aunque tú no lo creas... Yo he sido siempre una ingenua, una inocente. No hay que olvidar que estuve casi reclusa cerca de quince años en dos colegios de monjas.

Donaldo—Lo cual significa poco desde el punto de vista tuyo. Una mujer es siempre una mujer, lo mismo en un internado de religiosas que en un cabaret.

Octavia—Pero yo estaba loca por mi marido. Lo adoraba. Estuve siempre obnubilada por esa adoración mientras fui su mujer.

Donaldo—Eso te lo creo sin salvedad ninguna... Pero bueno, en fin de cuentas: ¿cuándo tuviste al fin la revelación de esa pasión perpetua y muda?

Octavia—Cuando regresé viuda y sola a mi casa de Gaira, donde solo Cristóbal había permanecido... Ya entonces no era ciertamente una niña. Tenía buen número de canas que no me preocupaban, te lo aseguro.

Donaldo—¿Y él?

Octavia—Era más o menos como fue siempre: tímido, de pocas palabras. Había adelgazado mucho y tenía el pelo casi blanco, pero seguía siendo un hombre fuerte, metido en sus cosas, siempre en su jardín.

Donaldo—¿Y fue entonces, al fin, cuando empezaste a comprender?

Octavia—Te aseguro que solo entonces... Ahora me parecía claro y evidente que me quería, que siempre me había querido.

Donaldo—¿Cómo llegaste a esa certidumbre tan absoluta?

Octavia—Por nada especial. En apariencia su conducta era la misma. Quiero decir, discreta, respetuosa... Ninguna impertinencia. Ni el más leve atrevimiento... Siempre un gran ramo de flores en mi alcoba. Lo colocaba él mismo en el jarrón, con la complicidad de una de las muchachas, sin que yo lo supiera... Después me enteré, casualmente, de que con frecuencia entraba en mi dormitorio en ausencia mía.

Donaldo—¿Cómo te enteraste de eso?

Octavia—Ante todo, por ninguna delación concreta. Las tres mujeres de mi servicio, sin creer que aquello tuviera nada de malo para mí, le eran a él completamente leales. Pero había ciertas reticencias... Algo inexplicable... A veces desaparecían de mi cuarto pequeñas cosas: un pañuelo, una horquilla para el pelo, un lápiz de labios...

Donaldo—¿Y tú qué hacías?

Octavia—Nada. Estaba asustada y confundida, miedosa de no sabía qué. Pero absolutamente segura de que era el jardinero quien hurtaba todas esas menudencias de mi uso personal.

Donaldo—Tu viejo esclavo doblado de ladrón romántico... ¿Duró mucho esa situación tan desagradable?

Octavia (sombria)—Duró poco a partir de las pequeñas raterías que me acostumbré a tolerar pasivamente... El hecho es que ocurrió una cosa realmente grave... Un día, al regresar de Santa Marta, después de una semana de ausencia, descubrí que había desaparecido de mi cama una... una camisa de dormir, de seda y encajes, que yo había dejado a medio usar debajo de la almohada....

Donaldo—¿Y qué hiciste?

Octavia—No me resigné a perderla. No era nueva ya pero me gustaba... Puse en confesión, como suele decirse, a mi vieja sirvienta y ella, al fin, después de muchas evasivas, me confesó que Cristóbal se la había llevado.

Donaldo—Naturalmente. No podía ser otro el ladrón.

Octavia (gravemente)—Pero es que supe una cosa mucho peor, por boca de la criada.

Donaldo—¿Qué?

Octavia—Que aquel hombre había dormido una noche en mi cama... Debió ser la noche del extraño hurto... Una cosa increíble... Pero yo "sabía" que era cierto.

Donaldo—Tenías todas las razones para creerlo... Supongo que ante una cosa así harías algo definitivo.

Octavia—Lo hice. Envié a una de las muchachas a decirle que lo sabía todo y que le ordenaba marcharse en seguida de mi casa.

Donaldo—Y se marchó, claro está, ¿no es eso?

Octavia (oscuramente)—Se fue al día siguiente, pero no por sus propios medios... Lo encontramos ahorcado esa mañana en su dormitorio... Lo llevamos al cementerio muy dignamente.

Donaldo—Es terrible... verdaderamente terrible...

Octavia—Después desocupamos la casita... No había muchas cosas allí. Pero sí un antiguo armario que, después lo supe, había sido regalo de mi madre para él...

Donaldo—¿Estaba cerrado?

Octavia—Sí. Muy fuertemente por cierto. Hubo que violentarlo con una palanca... Adentro no había más que ropa mía, prendas íntimas —ya te imaginas— y mi lápiz de labios... las horquillas... un montón de pequeñas baratijas de mujer que alguna vez fueron mías...